

PRESENTACIÓN

La política: el eterno día de la belleza

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

*Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones
Universidad Rey Juan Carlos. Madrid*

Cuando en 1930, apenas unos meses después del fallecimiento de Georges Clemenceau, Jean Marcet se erigió en el albacea de su pensamiento y publicó las *Confesiones* del implacable estadista nacido en Mouilleron-en-Pareds, salió a relucir un hecho que sorprendió a todos los lectores en Francia, y no digamos fuera de ella: Clemenceau confesaba que nunca había buscado el Poder (y Clemenceau se refería así siempre a él, en mayúscula) porque le daba miedo, y un miedo atroz. Porque, aseguraba, "lo daría todo por librarme de él". Por eso, proseguía, había optado por terminar su vida en soledad, de manera que a los muchísimos que le habían traicionado tras el abandono de la presidencia del Consejo de Ministros se había encargado él de sumar a los que había apartado.

El concepto que de la política desarrolló el líder originario de la Vendée provenía de su adorada antigua Grecia (como habría de mostrar en su *Demóstenes*) y se identificaba con la actitud de Foción, el

gran estrategia ateniense inmortalizado por Plutarco, en el ágora: "¿qué burrada habré dicho para que me aplaudan?". Clemenceau creía en el político que llenaba su vocación de servicio con el cumplimiento de su deber, especialmente en contra de los criterios irreflexivos y demagógicos que pudieran disfrutar de mayorías sociales tan aparentes como efímeras.

Instrumentos para el liderazgo político, de Samuel Rodríguez, es un libro que viene a ahondar en la vigencia y perennidad de esa concepción del servicio público.

Samuel Rodríguez González, venezolano de San Felipe, licenciado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales por la Suffolk University en Boston ganó una exigente beca competitiva de la Fundación Carolina para cursar, entre 2004-2005, el Máster en Acción Política, Fortalecimiento Institucional y Participación Ciudadana en el Estado de Derecho del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, la Universidad Rey Juan Carlos y la Universidad Francisco de Vitoria en su sexta edición. Lo completó con la calificación de "matrícula de honor" tras una ejecutoria ejemplar, como estudiante, ciudadano y compañero. Y en la Universidad Rey Juan Carlos ultima hoy Samuel Rodríguez su trabajo de investigación doctoral sobre *Venezuela y Sudáfrica. Análisis comparativo de los procesos de negociación política entre el gobierno y la oposición durante la crisis de gobernabilidad*.

Instrumentos para el liderazgo político tiene su origen último en el bloque investigador que elaboró para la Memoria final de Máster que elaboró en 2005 en Madrid en conjunción con el equipo científico del que formaba parte. Pero este libro representa una aproximación sumamente original y novedosa a una materia de permanente actualidad, especialmente en plena crisis de una democracia liberal agredida por los movimientos populistas, que frente a la presunta "debilidad" de las soluciones parlamentarias, proverbialmente colegiadas, históricamente

nutridas por el sentido de la concordia y de la cohesión social, e impulsoras de grandes acuerdos, oponen alternativas caudillistas y personalistas en donde la presunta fortaleza de un líder omnipresente, incluso en las propias papeletas electorales, pretende denunciar la supuesta ausencia de liderazgo de la "vieja política".

El análisis de Samuel Rodríguez, ágil y ameno, además de sumamente didáctico, rescata la grandeza del liderazgo democrático con una narrativa directa, madura y nítida. Con serena pasión democrática. Con la sabiduría y la experiencia de quien, siendo todavía muy joven, ha vivido en dictadura y en democracia, y con enorme lucidez detecta hasta qué punto la democracia debe vivirse sin complejos, desde la obligación ciudadana de la presencia y participación en la vida pública, una presencia y participación que cada día renueva, refunda y re-inventa el humanismo de la razón práctica.

Samuel Rodríguez desarrolla una vigorosa concepción democrática en donde la comprensión profunda de la significación de los procesos históricos, en John Fitzgerald Kennedy, o la decidida voluntad de conocimiento de los adversarios como condición inexcusable de un horizonte compartido de convivencia democrática, en Nelson Mandela, se convierten en premisas indispensables del genuino liderazgo, es decir, de la capacidad de suscitar e impulsar la empatía y la amistad cívicas. Debo confesar, en todo caso, que he disfrutado especialmente leyendo las reflexiones de Samuel sobre la necesidad de que el líder construya equipos con los mejores, y no con quienes piensan como él o le adulan. Y, cuando me refiero a los mejores, me refiero no únicamente a los más preparados, sino a los más comprometidos, más responsables, y más dotados de un verdadero sentido de cuanto significa el bien común.

Cuando Niall Ferguson publicó *Civilización*, y trató de hallar y concretar los elementos definidores de la preeminencia del modelo

político occidental, y su capacidad para ordenar y dominar el mundo durante casi tres milenios, pero especialmente durante los pasados cinco siglos, enumeró seis grandes ideas-fuerza: competencia, ciencia, propiedad, medicina, consumo y trabajo. El planteamiento del historiador escocés es tan rotundo como polémico y, por lo tanto, apasionante. Y, por lo tanto, cada lector puede y debe matizar o ampliar el listado de acuerdo con su propia percepción. Con la modestia del lector, y tanto de Niall Ferguson como de Samuel Rodríguez, creo que de la investigación que presenta hoy el escritor venezolano puede deducirse que existe un factor del que en modo alguno puede prescindirse cuando se delimita el espacio multiseccular del proyecto de civilización: la cultura política. Es esa cultura la que posibilita que ideas e identidades diversas y plurales preserven la esencial libertad de la condición humana, y su determinación por vivir conforme a su propia visión del mundo, en la confianza y la certeza de que existe un ámbito cultural en donde esas ideas e identidades diversas y plurales confluyen en la tolerancia, la empatía, y el reconocimiento del otro como otra expresión, no menos respetable, de nosotros mismos.

Samuel Rodríguez, además, como muy cualificado politólogo, sabe que la política, y no digamos el accionar político, responden a un rasgo básico: son universos prácticos, y prácticos de manera eminente. Por eso *Instrumentos para el liderazgo político* no únicamente representa, que también, un serio y riguroso trabajo académico y científico, sino un verdadero tratado práctico, claro y conciso, bien documentado, argumentado y razonado, de las claves de interpretación del accionar del líder democrático contemporáneo.

Georges Clemenceau decía en sus *Grandezas y miserias de una victoria* que los principios no eran más que eso. Pero que, también, eran decisivos. Y decisivo resulta ya este libro de la capacidad, inteligencia, estilo y solidez de pensamiento de Samuel Rodríguez. Según

Clemenceau, evocando a Fidias en el Partenón, "para la Belleza no ha habido más que un día". Es posible que tuviera razón. Pero no lo es menos que la política hace ese día eterno. Y que elaboraciones científicas como la de Samuel Rodríguez son parte integrante de esa pulsión de eternidad.

Clemenceau finalizaba sus *Confesiones* preguntándose en los últimos instantes de su existencia, a los 88 años, y 88 años de los de 1929, "¿Qué es la felicidad?". No en vano, él describía a las personas infelices como seres humanos que no entendían nada de nada, y paseaban sobre los restantes seres humanos "unos ojos grandes y bellos sin luz ni vida". Porque la felicidad, como la política, consiste en comprender. O, como mínimo, en la capacidad de plantear preguntas de manera incesante. Especialmente, y a sabiendas, las preguntas que carecen de respuesta. *Instrumentos para el liderazgo político* es una de esas aventuras intelectuales que, porque dejan tras de sí interrogantes con respuesta, e interrogantes sin ella, testimonian, sobre todas las cosas, las formas de la felicidad. Seguro que, como la belleza, la felicidad no dura más que un día. Pero es un día también eterno.